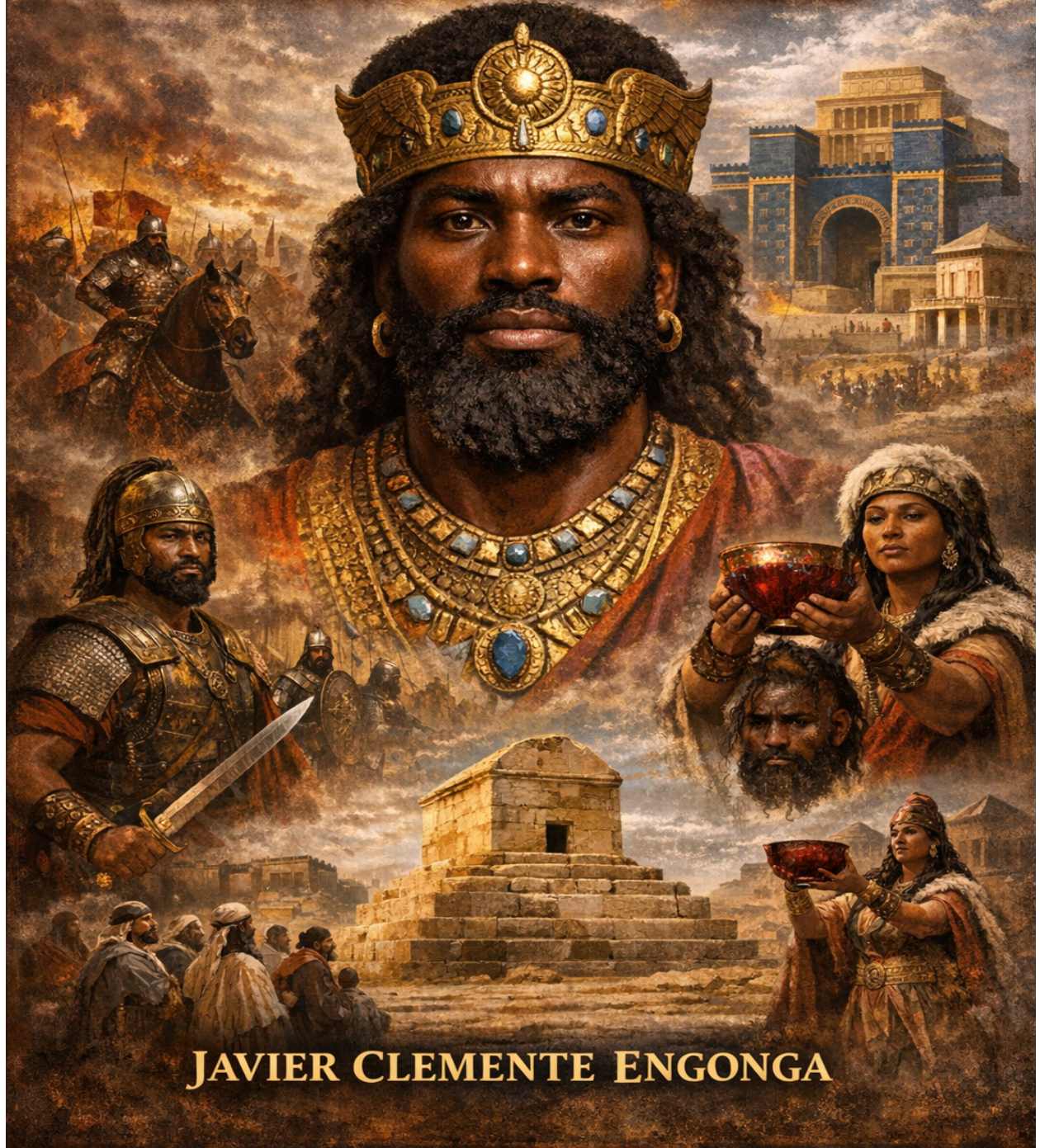


CIRO, EL DEDO DE DIOS



JAVIER CLEMENTE ENGONGA

Aviso de Copyright para el Documento: "CIRO, EL DEDO DE DIOS: Historia del hombre que cambió el destino del mundo™."

Copyright © 2026 por Javier Clemente Engonga Avomo.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte al autor en:

info@theunitedstatesofafrica.org

Publicado por [The United States of Africa Ltd.](#)

Esta obra está protegida por leyes internacionales de copyright. El uso, distribución o reproducción no autorizada de cualquier contenido de este libro puede resultar en sanciones civiles y penales y será perseguido con el máximo rigor de la ley.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

[The Africa A.I.™ - A.I. Made in Africa](#), creado y desarrollado tecnológicamente en África por [Javier Clemente Engonga™](#), Primus Inter Pares (Primero Entre Iguales).

PREFACIO DEL AUTOR

El destino, la fe y el poder

*“Este libro no es solo la historia de un emperador.
Es la historia de cómo el destino, la fe y el poder pueden converger en un solo hombre.”*

La historia humana está llena de conquistadores.

Reyes que levantaron imperios con la espada y los perdieron con el tiempo.

Sin embargo, muy pocos hombres han sido recordados no solo por el poder que alcanzaron, sino por la huella moral y espiritual que dejaron en la historia.

Uno de esos hombres fue **Ciro el Grande**.

Hace más de dos mil quinientos años, desde las montañas y llanuras de Persia surgió un líder que transformó el mundo antiguo.

Un hombre que unió pueblos distintos, lenguas diferentes y religiones múltiples bajo un mismo imperio.

Su nombre se encuentra en tres grandes tradiciones de la memoria humana:

- en la historia persa
- en los relatos de los historiadores griegos
- y en los textos sagrados del **Libro de Isaías**, donde aparece mencionado por su nombre mucho antes de su nacimiento.

Ese hecho singular convirtió a **Ciro** en una figura casi única en la historia: un emperador extranjero llamado **“ungido”** en una tradición religiosa que no era la suya.

Pero más allá de la religión o la política, la figura de **Ciro** representa algo todavía más profundo.

Representa la posibilidad de gobernar sin destruir.

De conquistar sin borrar las culturas conquistadas.

De construir un imperio basado no solo en la fuerza, sino en la administración, la tolerancia y la estabilidad.

Bajo su liderazgo nació el **Imperio aqueménida**, que durante siglos sería el mayor imperio que el mundo había conocido.

En esta obra, la historia de Ciro se cuenta desde una perspectiva narrativa en primera persona.

No se trata de una simple crónica histórica.

Tampoco de una biografía académica.

Es una reconstrucción literaria basada en hechos históricos conocidos, combinada con imaginación narrativa para acercarnos a la mente, los pensamientos y el destino de uno de los personajes más extraordinarios del mundo antiguo.

Aquí, Ciro habla.

Habla como rey.

Como guerrero.

Como fundador de un imperio.

Pero también como un hombre consciente de que su vida estaba siendo arrastrada por fuerzas que quizá iban más allá de su propia voluntad.

Fuerzas que algunos llamarían historia.

Otros destino.

Y otros, simplemente, **la mano de Dios moviendo los hilos del mundo.**

APÉNDICE HISTÓRICO

Ciro el Grande y las fuentes de la historia

La figura de **Ciro el Grande** ocupa un lugar fundamental en la historia del mundo antiguo.

Nacido aproximadamente entre **600 y 590 a.C.**, **Ciro** fue el fundador del **Imperio aqueménida**, el primer gran imperio persa.

En pocas décadas, su liderazgo transformó un pequeño reino regional en una potencia imperial que se extendía desde Asia Central hasta el Mediterráneo.

Las principales fuentes históricas

Nuestro conocimiento sobre **Ciro** proviene de varias tradiciones históricas y arqueológicas.

Entre las más importantes destacan:

Historiadores griegos

El relato más conocido procede del historiador griego **Heródoto**, quien describió la vida y conquistas de **Ciro** en su obra *Historias*.

Otros autores como **Jenofonte** también escribieron sobre él, especialmente en la obra **Ciropedia**, que presenta a **Ciro** como modelo ideal de gobernante.

Fuentes arqueológicas

Uno de los documentos más importantes relacionados con **Ciro** es el **Cilindro de **Ciro****, descubierto en Babilonia en el siglo XIX.

En esta inscripción, **Ciro** declara haber restaurado templos, permitido el retorno de pueblos desplazados y respetado las tradiciones religiosas locales.

Por esta razón, algunos historiadores han considerado el cilindro como una de las primeras declaraciones de política de tolerancia religiosa en la historia.

Tradición bíblica

La Biblia también menciona a Ciro en varios pasajes, especialmente en el **Libro de Isaías**.

En estos textos se afirma que Ciro permitiría el regreso del pueblo judío exiliado en Babilonia y autorizaría la reconstrucción del templo de Jerusalén.

Después de la conquista de Babilonia en **539 a.C.**, Ciro emitió decretos que permitieron efectivamente el regreso de los judíos a su tierra.

Este hecho le otorgó una reputación singular en la tradición religiosa judía.

La muerte de Ciro

Las circunstancias de la muerte de Ciro no están completamente confirmadas.

Según **Heródoto**, el emperador murió en combate alrededor del **530 a.C.** durante una campaña contra los **masagetas**, un pueblo nómada de Asia Central liderado por la reina **Tomiris**.

Algunas versiones relatan que la reina derrotó al ejército persa en una batalla brutal y ordenó colocar la cabeza de Ciro en un recipiente lleno de sangre como acto de venganza por la muerte de su hijo.

Aunque esta historia es famosa, algunos historiadores consideran que puede contener elementos legendarios.

La tumba de Ciro

Ciro fue enterrado en **Pasargada**, la capital ceremonial del imperio que él mismo había fundado.

Su tumba sigue existiendo hoy y es uno de los monumentos más importantes de la antigua Persia.

Cuando siglos después **Alejandro Magno** conquistó el imperio persa, visitó la tumba de Ciro y ordenó que fuera respetada.

Historia y reconstrucción narrativa

El presente libro combina hechos históricos documentados con reconstrucción literaria.

Los eventos principales —las conquistas, la caída de Babilonia, el regreso de los judíos, y la expansión del imperio persa— están basados en fuentes históricas conocidas.

Sin embargo, los pensamientos, diálogos y reflexiones atribuidos a Ciro forman parte de una **interpretación narrativa** destinada a acercar al lector a la dimensión humana del personaje.

De esta manera, la obra busca unir dos dimensiones:

la historia documentada
y la imaginación literaria.

Porque a veces, para comprender verdaderamente el pasado, no basta con conocer los hechos.

También es necesario intentar escuchar la voz de quienes lo vivieron.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

INTRODUCCIÓN

Yo, Ciro

Mi nombre es Ciro.

Durante siglos los hombres han pronunciado ese nombre en palacios, templos, bibliotecas y campos de batalla. Algunos me llamaron **rey de reyes**, otros **conquistador**, otros **libertador**, y hubo quienes dijeron que fui **el ungido del Dios de Israel**.

Pero antes de todo eso fui simplemente un niño nacido entre montañas y llanuras, bajo el sol ardiente de Persia.

Muchos han contado mi historia.

Los griegos escribieron sobre mí.

Los sacerdotes de Babilonia grabaron mi nombre en arcilla.

Los judíos lo conservaron en sus libros sagrados.

Y siglos después, cuando otro conquistador llamado Alejandro Magno llegó a mis tierras, caminó hasta mi tumba en Pasargada y ordenó que nadie la profanara.

Pero ninguna de esas historias fue contada por mí.

Ahora hablaré yo.

Hablaré de un mundo antiguo donde los imperios nacían y morían como tormentas, donde los dioses eran invocados antes de cada batalla y donde los hombres creían que el destino estaba escrito en los sueños de los reyes.

Hablaré de Persia.

Una tierra de montañas azules, de llanuras interminables y de pueblos orgullosos que caminaban erguidos bajo el cielo abierto.

Mis antepasados no eran esclavos ni reyes débiles.
Eran guerreros de la estepa y del desierto.

Nuestros rostros estaban quemados por el sol.
Nuestra piel era oscura como la tierra fértil después de la lluvia.

Los hombres de Persia llevaban largas barbas negras, ojos profundos y la mirada firme de quienes han aprendido a vivir entre el hierro y el viento.

Así nos representamos en piedra.

Si un día caminas entre las ruinas de Persépolis, verás nuestros rostros esculpidos en relieves antiguos: hombres de piel oscura, cabellos espesos y túnicas largas, avanzando en silencio eterno hacia los palacios del imperio.

Ese era mi pueblo.

Los persas.

Cuando yo nací, el mundo estaba dividido entre reinos poderosos.

En el oeste gobernaba el rico reino de Lidia, donde el oro corría como agua.

En el sur se alzaba la antigua y orgullosa Babilonia, ciudad de murallas gigantes y templos dedicados a dioses antiguos.

Y por encima de nosotros dominaba el imperio de los medos, gobernado por mi propio abuelo:

Astiages.

Él era un rey poderoso.

Pero también era un hombre perseguido por sueños.

Porque una noche soñó conmigo.

Soñó que yo, su propio nieto, crecería hasta derribar su imperio.

Los sueños de los reyes son peligrosos.

A veces construyen ciudades.

A veces destruyen familias.

A veces hacen que un abuelo ordene matar a su propio nieto.

Así comenzó mi historia.

No como la historia de un príncipe destinado a gobernar.

Sino como la historia de un niño que debía morir antes de aprender a caminar.

Pero el destino es una fuerza extraña.

Los hombres creen que dominan el mundo con ejércitos y coronas, pero muchas veces es el mundo quien decide el destino de los hombres.

Yo sobreviví.

Crecí entre pastores y montañas.

Aprendí a cabalgar antes de aprender a leer.

Aprendí a sostener una lanza antes de saber que algún día sostendría un imperio.

Cuando era joven no sabía nada de profecías.

No sabía que en tierras lejanas, entre los sacerdotes de un pueblo exiliado, un profeta llamado Isaías había pronunciado mi nombre mucho antes de que yo respirara por primera vez.

Ni sabía que ese nombre estaba escrito en el Libro de Isaías como el nombre de un rey destinado a liberar pueblos y derribar imperios.

No.

Cuando era joven yo solo sabía tres cosas.

El peso de una espada.

El sonido del viento sobre las montañas de Persia.

Y la mirada orgullosa de mi pueblo.

Los persas no éramos el pueblo más rico del mundo.

Ni el más poderoso.

Pero éramos un pueblo duro.

Un pueblo que respetaba la palabra dada, que honraba a sus dioses y que nunca olvidaba una ofensa.

Con el tiempo comprendí algo que ningún maestro me enseñó.

Los imperios no se construyen solo con ejércitos.

Se construyen con ideas.

Con la manera en que un rey decide tratar a los pueblos que conquista.

Muchos reyes destruyen ciudades.

Yo decidí hacer algo diferente.

Decidí construir un imperio donde muchos pueblos pudieran vivir bajo una misma corona sin perder su identidad.

Ese fue mi mayor poder.

No la espada.

No el ejército.

Sino la idea de que un imperio podía gobernar sin destruir.

Pero antes de todo eso hubo guerras.

Hubo traiciones.

Hubo reyes que cayeron y ciudades que abrieron sus puertas ante mis ejércitos.

Y hubo también un final.

Un final violento, en las tierras lejanas de Asia Central, enfrentando a una reina guerrera cuyo nombre todavía resuena en las historias del mundo antiguo:

Tomiris.

Pero esa parte de la historia llegará después.

Porque toda gran historia comienza mucho antes del primer imperio.

Comienza con un niño.

Un niño que debía morir.

Un niño al que los dioses —o el destino— decidieron dejar vivir.

Ese niño era yo.

Yo soy Ciro.

Rey de Persia.

Rey de reyes.

Fundador de un imperio.

Y esta es mi historia.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

PRÓLOGO

El sueño del rey Astiages

Antes de que mi nombre fuera pronunciado por ejércitos, antes de que ciudades abrieran sus puertas ante mis estandartes, antes incluso de que yo respirara por primera vez, un hombre soñó conmigo.

Ese hombre era mi abuelo.

Astiages.

Rey de los medos.

Señor de montañas, ciudades y ejércitos.

Gobernante de un imperio que parecía tan sólido como la piedra.

Su palacio se alzaba en la ciudad de Ecbatana, una fortaleza rodeada por siete murallas concéntricas que brillaban bajo el sol como anillos de metal.

Desde allí gobernaba tierras vastas.

Los medos eran poderosos.

Sus guerreros eran temidos.

Sus aliados respetaban su fuerza.

Pero incluso los reyes más poderosos temen a algo que no pueden controlar.

Los sueños.

En las noches silenciosas del palacio, cuando el fuego de las lámparas temblaba contra las paredes de piedra y los guardias caminaban en los patios, Astiages comenzó a tener visiones.

En el primer sueño vio a su hija, la princesa meda.

De su vientre brotaba una corriente de agua.

El agua corría por los pasillos del palacio, atravesaba las murallas de la ciudad y se extendía por todo el mundo conocido.

Despertó sobresaltado.

Al amanecer convocó a los sacerdotes y a los intérpretes de sueños.

Los magos del imperio —hombres vestidos con túnicas largas, barbas negras y ojos profundos— escucharon el relato del rey.

Y después de un largo silencio dijeron algo que ningún rey desea escuchar.

El sueño era una profecía.

El hijo que nacería de su hija crecería hasta dominar el mundo.

Y su poder superaría al del propio Astiages.

El rey se enfureció.

Los sueños podían ser mentiras de la noche, pensó.

Pero el miedo ya había entrado en su corazón.

Pasaron los meses.

Y entonces llegó el segundo sueño.

Esta vez fue aún más terrible.

Astiages vio crecer una vid del cuerpo de su hija.

Una vid poderosa.

Sus ramas se extendían sobre Asia entera.

Cubría montañas, ciudades y ríos.

Nada quedaba fuera de su sombra.

Cuando despertó, su cuerpo estaba cubierto de sudor frío.

Volvió a llamar a los magos.

Ellos repitieron el mismo mensaje.

El nieto del rey gobernaría un imperio más grande que el suyo.

En el mundo antiguo, los reyes temían muchas cosas:

las rebeliones,
los enemigos,
las hambrunas.

Pero por encima de todo temían el destino.

Porque el destino no puede ser derrotado en batalla.

Astiages tomó una decisión terrible.

Su hija sería entregada en matrimonio a un hombre que consideraba débil,
alguien incapaz de engendrar un hijo poderoso.

Eligió a un noble persa de linaje antiguo pero poder modesto:

Cambises I.

Señor de una pequeña tierra llamada Anshan, en las montañas de Persia.

Para Astiages, los persas eran un pueblo menor.

Pastores y guerreros de las montañas.

Hombres duros, sí, pero lejos del esplendor de los reinos grandes.

Pensó que así la profecía moriría antes de nacer.

Pero el destino no escucha los planes de los reyes.

Mi madre viajó hacia Persia.

Allí, entre montañas y llanuras bañadas por el sol ardiente del este, yo fui concebido.

Cuando nací, el rumor llegó hasta el palacio de Ecbatana.

El nieto había nacido.

El niño de la profecía respiraba.

El miedo de Astiages se convirtió entonces en algo más oscuro.

Ordenó que me trajeran a su presencia.

No para conocerme.

Sino para decidir mi muerte.

El rey llamó a uno de sus hombres de confianza, un noble llamado:

Harpago.

Le entregó una orden sencilla.

Debía llevar al niño a las montañas.

Y matarlo.

Así terminó la historia de muchos príncipes.

Así pensó Astiages que terminaría la mía.

Pero los dioses —o el destino— tenían otros planes.

Harpago no se atrevió a derramar la sangre del hijo de su princesa.

En lugar de matarme, entregó al niño a un pastor de las montañas.

Un hombre sencillo llamado Mitrídates.

Él y su esposa acababan de perder a su propio hijo.

Tomaron al niño destinado a morir y lo criaron como si fuera suyo.

Así comenzó mi vida.

No como príncipe.

No como heredero de imperios.

Sino como hijo de pastores.

Crecí entre ovejas, montañas y viento.

Mi piel se oscureció bajo el sol de Persia.

Mis manos aprendieron a sostener una lanza mucho antes de conocer una corona.

Nadie en aquellas montañas sabía que un día ese niño gobernaría sobre reyes.

Nadie sabía que su nombre sería escrito en piedra.

Ni que siglos después aparecería incluso en los libros sagrados de pueblos lejanos.

Yo tampoco lo sabía.

Pero el destino ya estaba caminando hacia mí.

Y los imperios del mundo antiguo aún no lo sabían.

Porque el niño que debía morir...

había sobrevivido.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO I

El niño de las montañas

Mi primera memoria no es la de un palacio.

No recuerdo columnas de piedra ni tronos de oro.

Recuerdo el viento.

Un viento fuerte que bajaba desde las montañas y corría libre sobre las llanuras de Persia.

Recuerdo también el olor de los rebaños, el sonido de las campanas de las cabras y el crujido de la tierra seca bajo los pies.

Yo era un niño entonces.

Un niño que creía ser hijo de un pastor.

El hombre al que llamaba padre se llamaba Mitrídates.

No era rey.

No era noble.

Era un hombre fuerte, de espalda ancha y manos endurecidas por años de trabajo bajo el sol.

Su piel era oscura, curtida por el viento de las montañas y por la luz ardiente que cae sobre las tierras de Persia.

Como la de muchos hombres de nuestro pueblo.

Los persas no éramos pálidos como los pueblos del norte ni suaves como los hombres que viven en ciudades ricas.

Éramos hijos de la tierra abierta.

Nuestra piel llevaba el color del sol.

Nuestros ojos aprendían a mirar lejos, hacia horizontes amplios.

Cuando años más tarde levanté mis palacios en Persépolis, ordené que los escultores tallaran a mi pueblo tal como éramos: hombres de rostro fuerte, barba negra y piel oscurecida por la vida al aire libre.

No queríamos parecer otra cosa.

Éramos persas.

Y yo crecí entre ellos.

Las montañas eran nuestro hogar.

Allí aprendí las primeras lecciones que un hombre necesita para sobrevivir.

Aprendí a cabalgar antes de cumplir diez años.

Aprendí a lanzar una lanza con precisión.

Aprendí a caminar durante horas bajo el sol sin pedir agua.

Los persas enseñamos a nuestros hijos tres cosas desde la infancia:

montar a caballo,
disparar el arco,
y decir la verdad.

Mi padre adoptivo repetía esas palabras muchas veces.

—Un hombre puede perder su caballo —decía—.

Un hombre puede romper su arco.

Pero si pierde su palabra, deja de ser hombre.

Yo escuchaba.

Y aprendía.

La vida entre pastores no era fácil.

En invierno el frío descendía desde las montañas como un animal invisible.

En verano el calor convertía la tierra en polvo.

Pero esas dificultades hacen a los hombres fuertes.

Los niños con los que crecí eran hijos de guerreros y campesinos.

Jugábamos a ser reyes.

Jugábamos a construir ejércitos con palos y piedras.

Y algo extraño ocurría siempre.

Sin que nadie lo decidiera, los otros niños me elegían como líder.

Yo organizaba nuestros juegos.

Distribuía a los “soldados”.

Decidía quién defendía las colinas y quién atacaba los campamentos imaginarios.

Una tarde ocurrió algo que cambió todo.

Jugábamos a lo mismo de siempre.

Habíamos construido una especie de pequeño “reino” con piedras.

Yo era el rey.

Uno de los niños —hijo de un noble medo que vivía en la región— se negó a obedecer una de mis órdenes.

En el juego, yo debía castigarlo.

Y lo hice.

Ordené que lo ataran y que recibiera un castigo simbólico, como lo haría un rey con un soldado desobediente.

El niño regresó llorando a la casa de su padre.

Su padre no era un pastor.

Era un funcionario del rey.

Un hombre importante del imperio de Astiages.

Cuando escuchó lo ocurrido, montó en cólera.

¿Cómo podía el hijo de un simple pastor castigar a su hijo?

Ordenó que me llevaran ante el gobernador.

Y así, por primera vez en mi vida, fui llevado ante hombres que vestían túnicas ricas y hablaban con la autoridad del poder.

Me preguntaron por qué había castigado al niño.

Respondí con la franqueza que había aprendido entre pastores.

—Porque yo era el rey —dije.

Los hombres se miraron entre sí.

Uno de ellos rió.

Otro frunció el ceño.

Pero el gobernador observó algo más.

Mi manera de hablar.

Mi manera de mirar.

Mi manera de mantenerme erguido.

Había algo en mí que no encajaba con la vida de un simple pastor.

El gobernador decidió enviar un mensaje a la corte.

Quería que el propio rey Astiages supiera lo ocurrido.

Días después llegó la orden.

Debía ser llevado a la capital.

Debía presentarme ante el rey.

No sabía entonces que estaba caminando hacia el hombre que había ordenado mi muerte cuando yo era un bebé.

No sabía que aquel rey era mi abuelo.

No sabía que mi vida entera estaba a punto de cambiar.

Mientras viajábamos hacia Ecbatana, veía por primera vez las grandes ciudades del imperio.

Murallas altas.

Puertas monumentales.

Caravanas cargadas de mercancías.

Era un mundo completamente distinto al de las montañas.

Pero dentro de mí no había miedo.

Había curiosidad.

Algo en mi interior me decía que aquel camino era el comienzo de algo grande.

Cuando finalmente entré en el palacio de Astiages, vi por primera vez el poder de un imperio.

Columnas gigantes.

Salones cubiertos de tapices.

Guardias con armaduras brillantes.

Y en el centro del gran salón, sentado en su trono, estaba el hombre que había soñado con mi muerte.

Astiages.

El rey observó al niño que tenía delante.

Durante un largo momento no dijo nada.

Luego habló.

—¿Eres tú el muchacho que se hace llamar rey?

—Sí —respondí.

Los hombres del palacio contuvieron la respiración.

Pero yo no bajé la mirada.

Astiages me observó con intensidad.

Tal vez vio algo en mi rostro.

Algo familiar.

Algo que le recordó los sueños que lo habían perseguido durante años.

Aún no lo sabía.

Pero en ese momento el destino había vuelto a colocarme frente al hombre que intentó matarme.

Y muy pronto, toda la verdad saldría a la luz.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO II

El niño que no debía vivir

Cuando entré en el gran salón del palacio de Astiages, sentí por primera vez el peso del silencio que rodea a los reyes.

Los hombres poderosos viven rodeados de ruido:
el sonido de las armas,
las discusiones de los consejeros,
los pasos de los soldados.

Pero cuando un rey decide observar algo con atención, todo calla.

Así ocurrió aquella mañana.

Yo era un niño vestido con ropas sencillas de pastor.

Mis sandalias estaban cubiertas de polvo del camino.

El sol había oscurecido mi piel y mis manos llevaban las marcas del trabajo en las montañas.

En contraste, el palacio brillaba con riqueza.

Las paredes estaban cubiertas de tapices.

El suelo era de piedra pulida.

Los guardias llevaban armaduras que reflejaban la luz de las antorchas.

Pero lo que más recuerdo no fue el lujo.

Fue la mirada del rey.

Astiages me observaba como si estuviera mirando un enigma.

—Dicen que jugabas a ser rey —dijo finalmente.

Su voz era profunda, acostumbrada a ser obedecida.

—No jugaba —respondí—.
Era el rey del juego.

Algunos hombres en la sala murmuraron.

Pero el rey levantó una mano y todos guardaron silencio.

—¿Y por qué castigaste al hijo de un noble? —preguntó.

—Porque no obedeció —dije—.
Un soldado que no obedece pone en peligro a todos.

Mis palabras no eran arrogantes.

Simplemente eran verdad.

El rey apoyó el mentón sobre su mano y me observó con más atención.

Entonces hizo una pregunta inesperada.

—¿Quién te enseñó a hablar así?

Señalé al hombre que estaba detrás de mí.

Mi padre adoptivo.

El pastor Mitrídates.

Astiages lo miró.

Durante un momento pareció confundido.

Los rasgos de mi rostro no encajaban del todo con la vida de un simple pastor.

Para continuar leyendo este libro, [haga click aquí](#).

Atentamente,

Javier Clemente Engonga™

Aviso de Copyright para el Documento: "CIRO, EL DEDO DE DIOS: Historia del hombre que cambió el destino del mundo™."

Copyright © 2026 por Javier Clemente Engonga Avomo.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte al autor en:

info@theunitedstatesofafrica.org

Publicado por [The United States of Africa Ltd.](#)

Esta obra está protegida por leyes internacionales de copyright. El uso, distribución o reproducción no autorizada de cualquier contenido de este libro puede resultar en sanciones civiles y penales y será perseguido con el máximo rigor de la ley.

